

A estas palabras, la sacerdotisa se levanta tres veces con violencia, y tres veces una fuerza sobrenatural vuelve á clavarla en la trípode: las cien puertas del santuario se abren para dejar paso á las palabras proféticas; mas ¡oh prodigio! la Sibila permanece muda. En vano, impelida por el demonio, se esfuerza en romper el fatal silencio, pues solo exhala confusos é inarticulados sonidos. El ángel del Señor se ha descubierta á los ojos de la sacerdotisa, que, entreabierta la boca, estraviados los ojos y los cabellos en desórden, lo muestra con la mano á los espectadores, que aunque no ven la aparición celestial, se sienten poseidos de espanto. Dominada por el espíritu del abismo y haciendo el último esfuerzo, la Sibila quiere decretar la proscripción de los cristianos, pero solo balbucea estas palabras:

«¡Los justos que pueblan la tierra, me impiden hablar!»

Satanás, vencido por este oráculo, huye lleno de vergüenza y dolor, aunque sin perder la esperanza ni abandonar sus propósitos, pues se promete lograr, por medio de las pasiones humanas, lo que no ha podido conseguir por sí mismo. El arúspice confía la respuesta de los dioses á un caballero nómada, mas rápido que el viento: Diocleciano la recibe y el consejo se reúne.

«Esos pretendidos justos, dice Hierocles, son los cristianos. El oráculo les designa irónicamente con el nombre que ellos á sí mismos se aplican. ¡Augusto! ¡los cristianos hacen callar la voz del cielo! ¡Tanto es el horror con que dioses y hombres miran á esos monstruos!»

Diocleciano, secretamente atormentado por la antigua serpiente, acepta la esplicacion de Hierocles, sin advertir el favorable sentido que para los cristianos encierra el oráculo. La superstición ahoga su sabiduría, y teme favorecer á unos hombres entregados á las Furias. No obstante, vacila todavía; pero en tal momento cunde por el consejo el rumor de que los cristianos han prendido fuego al palacio. Galerio, aconsejado por Hierocles, había preparado este incendio, para triunfar de las incertidumbres del emperador. Entonces el César, fingiendo una viva consternación, dice:

«¡Oportuno tiempo de deliberar es aquel en que los malvados intentan hacerte perecer en las llamas!»

Esto escuchando, todo el consejo, ó vendido ó alucinado, pide la muerte de los impíos; y poseído de espanto, el emperador manda publicar el edicto de persecucion.

LIBRO DÉCIMO-OCTAVO.

SUMARIO. Júbilo del infierno. Galerio sugerido por Hierocles, obliga á Diocleciano á abdicar. Preparacion de los cristianos al martirio. Constantino, ayudado por Eudoro, huye de Roma y se reúne á Constancio. Eudoro en los calabozos. Hierocles es primer ministro de Galerio. Persecucion general. El demonio de la tiranía lleva á Jerusalén la noticia de la persecucion. El centurion enviado por Hierocles prende fuego á los Santos Lugares. Doroteo salva á Cimodocea. Encuentro de Gerónimo en la gruta de Belén.

Desde el aciago dia en que Satanás vió á la primera mujer acercar á su boca el fruto de muerte, no había experimentado tan viva alegría. «¡Infierno, exclamaba, abre tus abismos para recibir las armas que Cristo te había arrancado! ¡Cristo ha sido vencido, y destruido su imperio; el hombre me pertenece irremisiblemente!»

Así hablaba el príncipe de las tinieblas, y su voz penetraba pavorosa en la region maldita de los dolores. Los réprobos creyeron oír de nuevo su fatal sen-

tencia, y prorumpieron en discordantes gritos en medio de las llamas. Todos los demonios que habían quedado en el fondo de la noche eterna, acudieron á la tierra, y el emjambre de espíritus inmundos oscureció el espacio. El querubin que rigió el curso del sol retrocedió de horror, velando la radiante frente con una nube de color de sangre; los bosques exhalaron lastimeros quejidos; en los altares de los mentidos dioses los ídolos sonrieron con espantoso júbilo, y los perversos de todas las partes del globo experimentaron en aquel momento nueva propension hácia el mal y abortaron calamitosos planes.

Hierocles, arrebatado por un ardor irresistible, quiere dar la última mano á su obra nefanda. Conociendo que mientras Diocleciano empuñase el cetro no podría gozar de una autoridad absoluta, el sofista aprovecha sagaz el momento propicio, y dirigiéndose á Galerio cuyas viles pasiones conocía le dice:

«¡Príncipe! si pretendes reinar no debes perder un solo instante, pues Diocleciano acaba de privarse del apoyo de los cristianos. Esterminando á esos faciosos, quedarás á cubierto del odio que algunas veces acarrea una medida severa, puesto que el edicto ha sido espedito á nombre del emperador. Diocleciano está asustado de su propia resolución; explota, pues, ese momento de temor; represéntale que es tiempo para él de gozar del descanso y de dejar á un héroe mas jóven el cuidado de ejecutar las órdenes de que depende la salvacion del imperio. Tú nombrarás Césares de tu confianza, y harás reinar la sabiduría; el presente te deberá su prosperidad y los futuros siglos pregonarán tus virtudes.»

Galerio aprobó el celo de Hierocles, y llamó al vil consejero su digno amigo, su fiel ministro. Todos los favoritos de Galerio aplaudieron su proceder, sin escepcion de Publio, que rival del favor del apóstata, no buscaba sino el medio de perderle; pero á fuer de astuto cortesano, se abstuvo de oponerse á un crimen que halagaba la ambicion de Galerio; y en su calidad de prefecto de Roma se encargó de ganar á los pretorianos y á las legiones acampadas en el campo de Marte.

Galerio se dirige al palacio de los Termas: Diocleciano estaba solo y encerrado en el lugar mas apartado de su espaciosa morada. En el momento mismo que el emperador pronunciara la sentencia de los cristianos, Dios pronunció la del emperador: el reinado había concluido con la justicia. Devorado por los remordimientos y las inquietudes, Augusto se sentía abandonado del cielo, presa su alma de amargos pensamientos; en tal disposicion de ánimo, le fue anunciado súbitamente Galerio, á quien Diocleciano saludó con el nombre de César.

—¡Siempre César! exclamó el príncipe con violento ademán; ¿nunca seré mas que César?»

Esto dicho, cierra las puertas, se dirige al emperador y le habla así:

—¡Augusto! no bien publicado tu edicto en Roma, los cristianos han tenido la insolencia de rasgarte. Preveo que esa raza impía causará no pocos males á tu vejez; consiente, pues, que yo castigue á tus enemigos, y descarga sobre mí el peso del imperio: tu edad, tus largos trabajos y tu quebrantada salud te imponen el deber de buscar el necesario descanso.»

Diocleciano le replica, sin mostrarse sorprendido:

—Tu preparas á mi vejez esas calamidades: sin ti, hubiera dejado á mi muerte tranquilo el imperio. ¿Tré despues de veinte años de gloria, á sepultarme en la oscuridad?»

—¡Pues bien! repuso enfurecido Galerio, sino quieres renunciar el imperio, me corresponde resolver por mí mismo. ¡Quince años há que combato á los bárbaros en unas fronteras salvajes, mientras los demás Césares reinan pacíficamente en provin-

cias fértiles: ¡cansado estoy de ocupar el último puesto!»

—¿Has olvidado, replicó el viejo, que vives en mi palacio? ¡Oscuro cabrero! A pesar de mis achaques puedo todavía hundirte en tu antigua nada; pero tengo sobrada esperiencia para que la ingratitud me sorprenda, y estoy hartó cansado de gobernar á los hombres, para que me obstine en disputarte tan triste honor. ¡Desventurado Galerio! ¿sabes lo que pides? Veinte años há que empuño las riendas del imperio, y un sueño tranquilo no ha cerrado aun mis ojos: no he visto en mi derredor sino bajezas, intrigas, mentiras, traiciones; no llevaré del trono otro recuerdo que el vacío de las grandezas y un profundo desprecio á la raza humana.

—Yo sabré, dijo Galerio, ponerme á cubierto de la intriga, de la bajeza, de la mentira y de la traicion; yo restableceré los frumentarios que tan imprudentemente has suprimido; daré fiestas á la muchedumbre, y señor del mundo, dando cima á elevadas empresas, dejaré una duradera opinion de mi grandeza.

—De esa suerte, replicó Diocleciano con desprecio, harás reir no poco al pueblo romano.

—Pues bien! respondió el feroz César, si el pueblo romano no quiere reir, le haré llorar. Preciso le será ó cooperar á mi gloria ó morir. Inspiraré el terror para librarme del desprecio.

—El medio no es tan seguro como imaginas, repuso Diocleciano. Si la humanidad no te detiene, muévate á lo menos tu propia seguridad, pues un reinado violento no puede ser de larga duracion. No pretendo que te espongas á una caída repentina, pero hay en los principios de las cosas cierto grado de mal que la naturaleza no puede superar, y en breve se ve, sea cual fuera la causa de ello, desaparecer los elementos de este mal. De todos los malos príncipes, solo Tiberio dirigió mucho tiempo el timon del estado; pero Tiberio solo fue violento en los últimos años de su vida.

—Todos esos razonamientos son inútiles, dijo impaciente Galerio; no te pido lecciones, sino el imperio. Dices que el poder supremo no tiene atractivo alguno á tus ojos; deposítalo, pues, en manos de tu yerno.

—Ese título, contestó Diocleciano, en nada puede realzarte á mis ojos. ¿Has labrado acaso la felicidad de mi hija? Infiel á su amor y perseguidor de su religion, solo esperas tal vez mi abdicacion para desterrar á Valeria á alguna playa inhabitada. ¡Hé aquí ingrato, como has pagado mis beneficios! Empero seré vengado: te abandono este poder que intentas arrancarme al borde del sepulcro. No cedo, no, ¡miserable! á tus amenazas; obedezco tan solo á una voz del cielo que me grita que el tiempo de las grandezas ha pasado. Te arrojo este pedazo de púrpura que ya es para mí una mortaja, y con él te lego todos los cuidados del trono. Gobierna, si á tanto alcanzas, un mundo que se disuelve y en que germinan por todas partes mil principios de muerte; mejora las corrompidas costumbres, armoniza unas religiones que chocan entre sí; destruye la aficion al sofisma que gangrena las entrañas de la sociedad, y rechaza á sus bosques á esos bárbaros que tarde ó temprano devorarán el cadáver del imperio romano. Yo parto: y pronto, desde mi jardín de Salona te veré objeto de la execracion del universo. Hijo ingrato, no bajarás á la tumba sin ser víctima de la ingratitud de tus hijos! Reina, pues, y acelera la ruina de un Estado, cuya caída he retardado algunos instantes. Tu perteneces á la funesta raza de esos príncipes que aparecen sobre la tierra en las épocas de grandes revoluciones, cuando las familias y los reinos se pierden por la voluntad de los dioses.

Así se decidía la suerte del imperio en el palacio

de Diocleciano, mientras los cristianos deliberaban acerca de las tribulaciones de la Iglesia, siendo Eudoro el alma de todos estos consejos. El edicto publicado al son de trompetas, mandaba quemar los libros santos y demoler las iglesias; declaraba infames á los cristianos, les privaba de los derechos de ciudadanía; prohibía á los jueces recibir sus quejas por malos tratamientos, de hurto, rapto y adulterio; autorizaba á toda clase de personas para denunciarles; y por último, sujetaba á los tormentos y condenaba á la muerte á cualquiera que se negase á sacrificar á los dioses.

Este sanguinario edicto dictado por Hierocles, abría ancho curso á los crímenes del discípulo de los falsos sabios, y amenazaba á los fieles con una total destruccion; por lo que cada cual, segun su carácter se preparaba á huir ó á combatir.

Los que temian perecer en los tormentos marchaban á los países de los bárbaros; muchos se retiraban á los bosques y lugares desiertos; veíanse á los fieles abrazarse en las calles y despedirse tiernamente, felicitándose de sufrir por Jesucristo. Muchos venerables confesores que se habían librado de las anteriores persecuciones, se mezclaban á la multitud para alentar la debilidad ó moderar el ardor del celo. Las mujeres, los niños y los jóvenes rodeaban á los viejos, y estos recordaban los ejemplos de los mas famosos mártires: Lorenzo, de la Iglesia Romana, espuesto á las llamas; Vicente, el de Zaragoza, conversando en la pasion con los ángeles; Eulalia de Mérida, Pelegia de Antioquia, cuya madre y hermanas se anegaron abrazadas; Felicitas y Perpétua, combatiendo en el anfiteatro de Cartago; Teodoro y las siete vírgenes de Ancira; y los dos jóvenes esposos que sepultados en tumbas diferentes, se hallaron luego reunidos en una misma tumba. Así hablaban los ancianos; los obispos ocultaban los libros santos, y los sacerdotes encerraban el Viático en cajas de doble fondo; las mas solitarias é ignoradas catacumbas eran abiertas de nuevo para reemplazar las iglesias, próximas á ser destruidas; nombrábanse los diáconos que debían disfrazarse para llevar auxilios á los mártires en las minas, los calabozos y el potro; preparábase el lienzo y el bálsamo como en la víspera de un gran combate, y todos pagaban sus deudas y se reconciliaban con sus enemigos. Esto se verificaba sin ruido, sin ostentacion, sin tumulto: la Iglesia se disponia á sufrir con modestia, y semejante á la hija de Jepté, solo pedía á su padre un momento para llorar su sacrificio en la montaña.

Los soldados cristianos esparcidos en las legiones advirtieron á Eudoro que una nueva conspiracion estaba próxima á estallar; que se hacian en nombre de Galerio grandes larguezas al ejército; que las tropas debían reunirse al dia siguiente en el campo de Marte, y que se hablaba de la abdicacion del emperador.

El hijo de Lastenes se procura mas minuciosos datos, y vuela sin demora á Tibur, habitual residencia de Constantino, que habitaba lejos de las insidias de la corte un reducido retiro situado sobre la cascada del Anio, y próximo á los templos de Vesta y la Sibila. Las casas de Horacio y Propertio se veían abandonadas, orillas del rio, entre unos bosques de olivos que habían vuelto al estado silvestre. El risueño Tibur, que tantas veces inspirara á la musa latina, solo presentaba ya monumentos de placeres desvanecidos y sepulcros de todos los siglos. En vano se buscaba en las laderas de Lucretilio el recuerdo del voluptuoso poeta que encerraba en un reducido espacio sus dilatadas esperanzas, y que consagraba vino y flores al Genio que nos recuerda la celeridad de nuestra vida.

De improviso se anuncia en medio de la noche á Constantino la llegada de Eudoro; el príncipe se le-

vanta, toma á su amigo de la mano y le lleva á una azotea que, rodeando el pié del templo de Vesta, dominaba la caída del Anio. El cielo se mostraba cubierto de nubes, la oscuridad era profunda, el viento gemía ronco en las columnas del templo, y una voz melancólica murmuraba en los aires; creíase oír por intervalos el mugido del antro de la Sibila, ó las fúnebres palabras que los cristianos salmodian por los difuntos.

—Hijo de César! dice Eudoro, no solo van á ser esterminados los cristianos, sino que Diocleciano entrega el cetro á Galerio. Mañana, en el campo de Marte y en presencia de las legiones tendrá lugar esta gran escena. Tu no serás llamado á la participación del poder, porque tus crímenes son tu gloria, la gloria de tu padre y tu inclinación á una religión divina. Daya, ese pastor, hijo de la hermana de Galerio, y el soldado Severo, tales son los Césares que se reservan al pueblo romano. Diocleciano deseaba nombrarte, pero has sido rechazado con amenazas. ¡Príncipe, esperanza querida de la Iglesia y del mundo! ¡es preciso ceder á la desatada tormenta! Galerio te mira con temor y amaga tus días. Mañana, al punto que tu suerte sea conocida, huirás en busca de tu padre, pues todo estará preparado para tu partida. Mandarás mutilar en cada parada que dejes á tu espalda todos los caballos, para evitar tu persecucion, y esperando al lado de Constancio el momento de salvar á los cristianos y al imperio, llegado el día oportuno, esos galos que han visto ya de cerca el Capitolio, te allanarán el camino que á él conduce.

Constantino enmudece durante algunos instantes, pues mil pensamientos violentos surgen en su mente. Indignado por los ultrajes que se le preparan; animado por la esperanza de vengar la sangre de los justos, y movido tal vez por el brillo de un trono que halaga siempre á las almas grandes, no puede resolverse á la fuga; siendo por otra parte su respeto y gratitud hacia Diocleciano las únicas consideraciones que refrenaban su arrojó; pero como la nueva de la abdicacion de este príncipe habia roto todos los lazes que detenian al hijo de Constancio, intenta ir á sublevar las legiones del campo de Marte, pues no respira ya sino venganza y combates: así se ve en los desiertos de la Arabia al fogoso corcel atado en medio de las abrasadas arenas; para hallar escasa sombra contra los ardores del sol, baja y oculta su cabeza entre sus ágiles piernas; sus crines caen esparcidas y lanza de sus ojos salvajes una mirada oblicua hacia su dueño; pero desprendidos sus piés de las ligaduras estremécense, devora la tierra y al sonar el clarín lánzase rápido á la lid.

Eudoro calma los bélicos arranques de Constantino, diciéndole:

—Las legiones están vendidas; todos tus pasos son objeto de esquisita vigilancia, y acometerias una empresa que precipitaria el imperio en incalculables males. ¡Hijo de Constancio! tú reinarás un día sobre el mundo, y los hombres te serán deudores de su felicidad; pero Dios retiene aun en sus manos tu corona, pues quiere probar á su Iglesia.

—¡Sea! replicó el príncipe con tierna vehemencia; me acompañarás á las Galias, y marcharemos unidos á Roma á la cabeza de esos soldados, testigos tantas veces de nuestro denuedo.

—¡Príncipe! repuso Eudoro con voz conmovida; nuestros deberes no son los mismos; tú te debes á la tierra para el cielo; yo me debo al cielo para la tierra. Tu deber es partir; el mío, quedarme. La envidia que he inspirado á Hierocles, ha precipitado sin duda la ruina de los cristianos; mi fortuna, pues, mis consejos, mi vida, les pertenecen, y no puedo dejar un campo de batalla al que he llamado al enemigo; mi esposa y su padre reclaman tambien mi presencia en Oriente. Finalmente, si mis hermanos necesitan

ejemplos de firmeza, Dios me concederá tal vez las virtudes que me faltan.

En este momento, una llama sobrenatural alumbró en la márgen del Anio los sepulcros de Sinforosa y sus siete hijos mártires.

—¡Mira, dijo Eudoro, mostrando á Constantino el monumento sagrado; mira cuanta fuerza puede inspirar Dios cuando la place á las mujeres y á débiles niños! ¡Cuánto mas ilustres me parecen esas cenizas, que los despojos de los romanos famosos que aquí descansan! ¡Príncipe! no me robes la gloria de semejante destino; permíteme solo que te jure por el sepulcro de estos santos una fidelidad cuyo término serán mis días.

Y el hijo de Lastenes intentó inclinarse respetuosamente sobre la mano que debía empuñar el cetro del mundo; pero Constantino se arrojó al cuello de Eudoro, y mantuvo estrechado largo rato entre sus brazos á tan noble y magnánimo amigo.

El príncipe pide su carroza; y subiendo á ella con Eudoro, vuelan á través de las sombras á lo largo de los desiertos pórticos del templo de Hércules. Las aguas del Anio resonaban en los escabrosos del palacio de Mecenas. El descendiente de Filópemen y el heredero de César reflexionaban en silencio sobre el destino de los hombres y los imperios. Allí se extendía aquel bosque de Albunea, donde los reyes del Lacio consultaban á los dioses campestres; allí vivian los pueblos incultos del monte Soracte y de los valles de Utica, acullá se meciera la cuna de aquellas sabinas, que corriendo desgredadas entre los ejércitos de Tacio y de Rómulo, decian á los unos: «Vosotros sois nuestros hijos y esposos;» y á los otros: «Vosotros sois nuestros padres y hermanos.» El cantor de Lalage y el ministro de Augusto las reemplazaron en aquellas márgenes que á su vez debía pisar la reina caída del trono de Palmira. La carroza atraviesa rápidamente la ciudad de Bruto y los jardines de Adriano y se detiene en el sepulcro de la familia Plautia. Eudoro se separó de Constantino al pié de aquella torre fúnebre y volvió á entrar en Roma por un sendero desierto, para preparar la fuga del príncipe. Constantino, mal disimulando sus zozobras y reprimiendo difícilmente su cólera, tomó el camino del palacio de las Termas.

El ataque de Galerio habia sido tan brusco, y tan pronta la resolucio de Diocleciano, que el hijo de Constancio, enteramente ocupado de la suerte de los cristianos, se habia dejado sorprender por su enemigo. Constantino no ignoraba que hacia mucho tiempo que César procuraba obligar á Augusto á que soltase las riendas del imperio; pero ó engañado ó vendido, habia juzgado bastante remota tamaña catástrofe y cuando intentó llegar hasta Diocleciano, todo habia cambiado ya con la fortuna. Un oficial de Galerio negó la entrada del palacio al jóven príncipe, diciéndole con voz amenazadora:

—El emperador te manda trasladarte al campo de las legiones.

A la estremidad del campo de Marte y al pié del sepulcro de Octavio, se elevaba un tribunal de césped, terminado por una columna que sostenia una estatua de Júpiter; en este tribunal debía comparecer Diocleciano al amanecer, para abdicar la púrpura en medio de los soldados. Desde el día en que Sila se despojara de la dictadura, no habia herido la vista de los romanos espectáculo tan grandioso. La curiosidad, el temor y la esperanza habian atraído al campo de Marte una muchedumbre inmensa. Todas las pasiones, en juego á la aproximacion del nuevo reinado, esperaban el desenlace de la extraordinaria escena. ¿Quiénes, se preguntaban serán los Augustos? ¿quienes los Césares? Los cortesanos erigian al acaso altares á los dioses desconocidos, pues hubieran temido herir hasta con el pensamiento al poder que aun no existia. Adoraban la nada de que iba á nacer

la servidumbre, y se esforzaban en adivinar la pasion dominante del futuro príncipe, para proveerse desde luego de la bajeza que habria de serles mas favorable bajo aquel reinado. Mientras los proteros pensaban hacer alarde de sus vicios, los hombres probos se proponian ocultar sus virtudes. Solo el pueblo acudia á presenciar con estúpida indiferencia, cómo unos soldados extranjeros le nombraban señores en los lugares mismos en que aquel pueblo libre daba en otro tiempo su voto para la eleccion de sus magistrados.

Diocleciano no tardó en presentarse en el tribunal; las legiones guardaron silencio, y el emperador dijo:

«¡Soldados! mi edad me obliga á entregar el poder supremo á Galerio, y á crear nuevos Césares.»

Todas las miradas se dirigieron á Constantino, que acababa de llegar; pero Diocleciano nombró en el acto Césares á Daya y á Severo. El estupor general, y todos se preguntan quien era Daya y si Constantino habia mudado de nombre. Entonces Galerio, rechazando con la mano al hijo de Constantino, toma á Daya por el brazo y lo presenta á las legiones; el emperador se despoja de su manto de púrpura, y lo coloca sobre los hombros del jóven pastor, entregando al mismo tiempo á Galerio su puñal, símbolo del poder absoluto sobre la vida de los ciudadanos.

Diocleciano, tomando su antiguo nombre de Diocles, baja del tribunal, sube á su carro, y atraviesa á Roma sin pronunciar una palabra, ni volver la vista á su palacio; y tomando el camino de Salona, su patria, deja al universo flutuando entre la admiracion del reinado que termina y el terror del reinado que se inaugura.

Mientras los soldados saludaban al nuevo Augusto y al nuevo César, Eudoro se desliza entre la muchedumbre y se reúne á Constantino, que aun vacilaba indeciso entre el asombro, la indignacion y el dolor.

—Hijo de Constancio, dice Eudoro en voz remisa, ¿qué haces? Conoces la suerte que te espera: el tribuno de los pretorianos tiene ya la órden de prenderte; sígueme ó eres perdido!»

Esto diciendo, arrastra al heredero del imperio, y saliendo de Roma llegan á un lugar desierto, donde Constantino construyó andando el tiempo, la basílica de Santa Cruz.

Algunos criados esperaban allí al fugitivo príncipe, que de nuevo insiste vertiendo lágrimas, en persuadir á Eudoro á que huya en su compañía; pero el mártir en esperanza se muestra inflexible, y suplica al hijo de Elena que se aleje. Oyéndose ya el rumor de los soldados que buscaban á Constantino, y Eudoro dirige esta ferviente plegaria al Eterno:

«¡Gran Dios! ¡si reservas á este príncipe para reinar sobre tu pueblo, obliga á este nuevo David á ocultarse de Saul, y dignate mostrarle el camino del desierto de Zeila!»

Al punto, el trueno retumba en un cielo sereno, el rayo hiere las murallas de Roma y un ángel describe una senda luminosa en el Occidente.

Constantino obedece las órdenes del cielo, y después de abrazar tiernamente á su amigo, monta su corcel, y al verle huir Eudoro le grita:

«Acuérdate de mí cuando no exista ya. ¡Príncipe! ¡sirve de protector y de padre á Cimodocea!»

¡Votos inútiles! Constantino desaparece, y Eudoro abandonado y sin protector, queda aislado objeto de la cólera del emperador, de la saña de un rival ya primer ministro, sobrellevando el destino de los fieles, y por decirlo así, todo el peso de la persecucion. Denunciado aquella misma noche como cristiano por un esclavo de Hierocles, es encerrado en un calabozo.

Satanás, Astarté y el espíritu de la falsa sabiduría llenan los aires con un grito espantoso de regocijo, y entregan el mundo al demonio del homicidio.

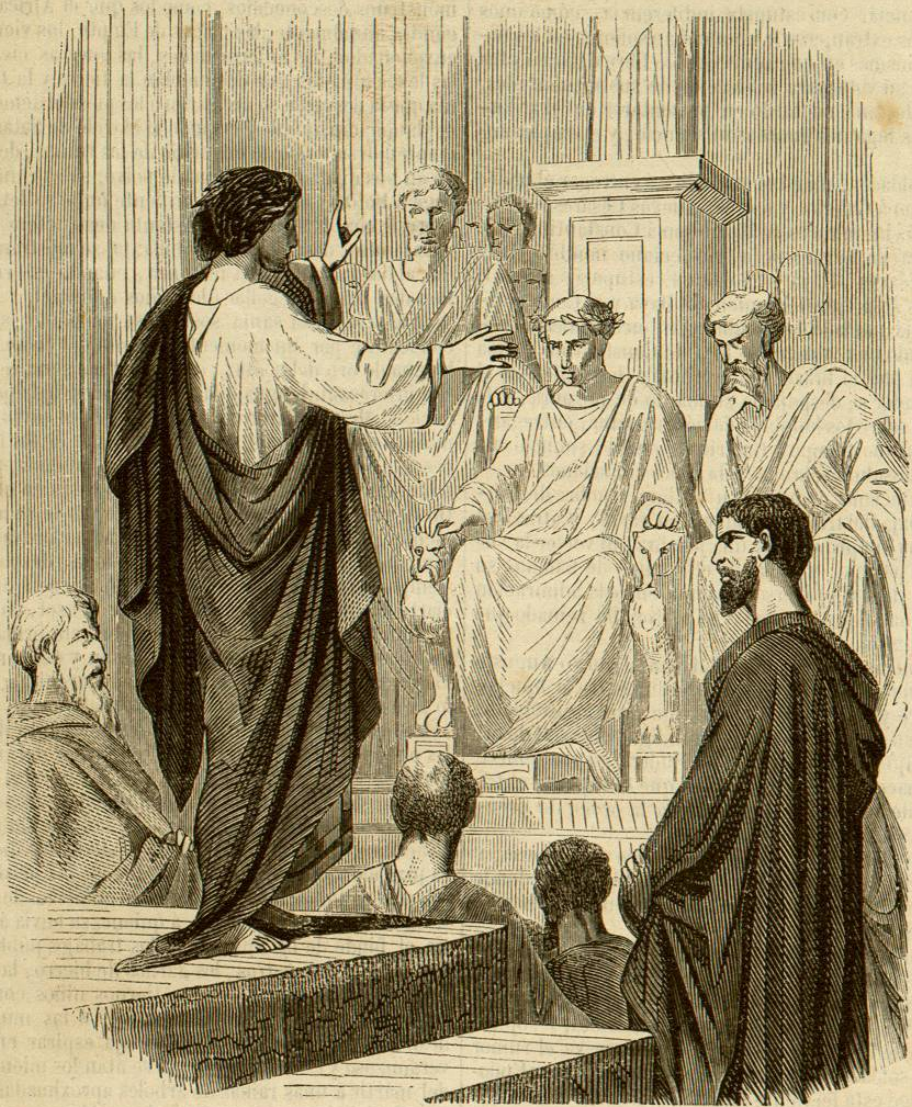
Cuando este ángel feroz, abandonando la mansion

de los dolores, contrista la tierra con su presencia, establece su habitual residencia no lejos de Cartago, en las ruinas de un templo donde en otro tiempo se quemaban en su honor humanas víctimas. Unas hidras de miradas funestas, unos dragones semejantes al que combatió el ejército entero de Caton, unos monstruos desconocidos, como los que el Africa engendra anualmente, las plagas de Egipto, los vientos envenenados, las enfermedades, las guerras civiles, las leyes injustas que despueblan la tierra y la tiranía que la desvasta, se arrastran á los piés del demonio del homicidio, que despertando al alarido de Satanás, emprende su vuelo de en medio de las ruinas, dejando en pos dilatado torbellino de polvo; salva el mar y llega á Italia, y envuelto en ardiente nube se detiene sobre Roma. En una mano ostenta destructora tea, y en la otra, desapiadada cuchilla: tal se mostrará un día al dar la señal de la matanza, cuando el primer Herodes mandó degollar á los niños de Israel.

¡Ah! si la Musa santa sostuviese mi genio; si me concediese por un momento el canto del cisne ó la lengua de oro del poeta, ¡cuán fácil me seria referir con interesante lenguaje las calamidades de la persecucion! Me acordaria de mi patria, y al pintar los males de los romanos, pintaria los males de los franceses. ¡Salud, Esposa de Jesucristo, afligida pero triunfante Iglesia! ¡Yo tambien te he visto en el patíbulo y en las catacumbas! Pero en vano te se atormenta, porque las puertas del infierno no prevalecerán contra tí; en tus mas agudos dolores, descubres siempre en la montaña los piés del que viene á anunciarte la paz; no has menester la luz del sol, porque te alumbrá el resplandor de Dios; por esto brillas en los calabozos. La hermosura del Basan y del carmelo se borra y las flores del Líbano se marchitan; ¡Solo tú ostentas imperecedera hermosura!

La persecucion se estiende en un momento desde las orillas del Tíber hasta las estremidades del imperio; por todas partes se desploman las iglesias bajo la mano de los soldados; los magistrados, dispersos en los templos y los tribunales, obligan á la multitud á sacrificar; todo el que se niega á adorar los dioses, es juzgado y entregado á los verdugos; las prisiones rebosan víctimas; los caminos están cubiertos de multitud de hombres mutilados, á quienes se envía á morir al fondo de las minas ó en los trabajos públicos. Los látigos, los potros, los garfios de hierro, la cruz y las fieras despedazan á los tiernos niños con sus madres; aquí se cuega por los piés á las mujeres desnudas á unas vigas, y se las deja espirar en tan vergonzoso y cruel suplicio; allí se atan los miembros del mártir á unas ramas de árboles aproximadas entre sí violentamente, y que, al recobrar su natural posicion, arrastran los pedazos de la victima. Cada provincia tiene su suplicio particular: el fuego lento en Mesopotamia, la rueda en el Ponto, el hacha en Arabia y el plomo derretido en Capadocia. Muchas veces en medio de los tormentos se apaga la sed del confesor echándole agua al rostro por temor de que la intensidad de la fiebre acelere su muerte; otras, cansados los verdugos de quemar aisladamente á los fieles, les precipitan en tropel á la hoguera; y sus pulverizados huesos son esparcidos al viento con sus cenizas.

Galerio hallaba sus delicias en estos tormentos; y para gozarse mas en ellos hace venir á costa de enormes dispendios muchos osos de gran corpulencia y tan feroces como él; cada una de estas fieras tenia un nombre terrible, y para su alimento, el sucesor de Diocleciano les hace arrojar hombres. El gobierno de este monstruo de avaricia y libertinaje, esparciendo el desorden en las provincias, aumenta la actividad de la persecucion. Las ciudades se ven sometidas á jefes militares, sin luces ni letras, que solo saben fulminar la sentencia de muerte. Los co-



EULORO DEFIENDE A LOS CRISTIANOS EN PRESENCIA DE DIOCLECIANO.

misionados practican las investigaciones mas rigurosas acerca de los bienes y propiedades de los súbditos; midense las tierras, numéranse las viñas y los árboles y cómputanse los rebaños. Obligase á todos los ciudadanos del imperio á inscribirse en el libro del censo, convertido en libro de proscripción. Para evitar que alguna parte de la fortuna individual se oculte á la codicia del emperador, obligase por medio de los tormentos á que los hijos delaten á sus padres, los esclavos á sus señores y las esposas á sus esposos. Los verdugos obligan con frecuencia á los desgraciados á que se acusen recíprocamente y se supongan poseedores de riquezas que no tienen. Ni la caducidad, ni la enfermedad sirven de excusa para no obedecer las órdenes del implacable exactor; hácese com-

parecer hasta al dolor y la enfermedad; y para envolver indistintamente á todos en unas leyes tiránicas, añádense años á la niñez y se suprimen á la senectud: la muerte de un hombre nada disminuye en el tesoro de Galerio, pues el emperador comparte la presa con el sepulcro; el hombre, borrado del número de los mortales, no está borrado del libro del censo, y continua pagando por haber tenido la desgracia de vivir. Los pobres, á quienes nada podia exigirse, parecían los únicos que podrian hallarse al abrigo de tales vejaciones, á causa de su miseria; pero no están á cubierto de la sarcástica piedad del tirano, pues Galerio manda hacinarlos en barcas y arrojarlos al mar para curarles de sus infortunios.

No faltaba á los cristianos sino un género de ofen-

sas, y Hierocles no quiso se eximiesen de él. En medio de los sacerdotes degollados sobre el cuerpo de Jesucristo atravesado de heridas, el discípulo de los sabios publicó generosamente dos libros de blasfemias contra el Dios que en otro tiempo adorara, y que habia sido el Dios de su madre; ¡hasta tal punto es cobarde al par que feroz el orgullo del impio! Infatigable en su odio y en su amor, el apóstata esperaba con impaciencia el anhelado momento en que la hija de Homero contribuyese á realzar su triunfo. Al efecto, aplazaba el suplicio de su rival para que la esperanza de salvar la vida de este, sirviese de poderosa tentación á la virgen de Mesenia.

«Emplearé, se decía, con cierta mezcla de vejez, desesperación y júbilo, emplearé este último medio de vencer la resistencia de una hermosura insolente; la verá precipitarse en mis brazos para comprar

los días de Eudoro; y satisfaciendo luego mi doble venganza, presentaré á su vista á este rival en manos de los verdugos, y el aborrecido cristiano sabrá al morir que su esposa ha sido deshonrada.»

Deslumbrado por el falso brillo de su poder, Hierocles no puede ya señorear sus viles pasiones. Este impio que renegaba del Eterno, juguete mezquinó de una contradicción deplorable, creía en el genio del mal y en todos los quiméricos secretos de la magia.

Habia en Roma un hebreo, apóstata de la fe de sus padres, que vivía entre los sepulcros, y á quien la voz pública acusaba de mantener secreto comercio con el infierno; este hombre habia establecido su vivienda en los subterráneos del palacio de Nerón. Hierocles encarga á uno de sus confidentes vaya á buscar á media noche al infame israelita; é instruido el esclavo de lo que á este debe preguntar, pónese en



LLEGADA DE LOS PEREGRINOS Á JERUSALEN.

camino y atravesando los desiertos escombros, baja al subterráneo, donde ve á un viejo de siniestra catadura, que cubierto de harapos, calentaba sus secas manos en un fuego, cuyo pábulo eran humanos huesos.

«¡Viejo! dice el esclavo, trémulo de espanto, ¿puedes trasladar en un momento desde Jerusalén á Roma á una cristiana que se ha sustraído al poder de Hierocles? Recibe este oro y habla sin temor.»

El brillo del oro y el nombre de Jerusalén arrancaron al israelita una fatídica sonrisa.

«¡Hijo mio, responde, conozco á tu señor, y nada omitiré de cuanto á satisfacerte contribuya: voy pues á interrogar el abismo.»

Diez; y cavando la tierra descubre la urna sangrienta que encerraba los restos de Nerón; urna de que se escapaban apagados quejidos. El mágico espasmo sobre un altar de hierro las maldecidas cenizas del primer perseguidor de los cristianos, vuélvese tres veces hácia el Oriente, da tres palmadas, abre tres

veces la profanada Biblia, murmura palabras misteriosas, y evoca al demonio de los tiranos desde el seno de las tinieblas. Dios permite al infierno que le responda: entonces, el fuego que devoraba los despojos de los muertos se apaga, la tierra oscila rudamente sacudida, el pavor penetra hasta los huesos del esclavo y sus cabellos se erizan, pues se presenta á su atónita vista un espectro de desconocido semblante, mientras escucha una voz remisa á manera de liviano soplo.

«¿Por qué, dice el hebreo, has tardado tanto? Díme: ¿te es dado trasladar desde Jerusalén á Roma una cristiana que ha abandonado á su dueño?»

«No me es dado, respondió el espíritu de tinieblas, porque María defiende á esa cristiana contra mi poder; empero, si así te place, llevaré en un instante á Siria el edicto de la persecución y las órdenes de Hierocles.»

El esclavo acepta la proposición del infierno, y se apresura á participar el éxito de su mensaje al ya impaciente Hierocles. Convertido en rápido mensa-

jero, el espíritu de tinieblas se presenta en Jerusalén en casa del centurion que debía reclamar á Cimodocea, al cual apremia en nombre del ministro de Galerio, para que cumpla eficazmente su cometido, y entrega el edicto fatal al gobernador de la ciudad de David: al punto, cerradas las puertas de los lugares santos, los soldados dispersan á los fieles. En vano la esposa de Constantio intenta defender á los cristianos, pues fugitivo Constantino y triunfante Galerio, la fortuna de Elena cambia en un momento, porque para los soberanos la prosperidad es madre de la obediencia; así como su infortunio exime á sus súbditos del juramento de fidelidad.

Era la hora en que blando sueño cierra los ojos de los mortales: el ave reposaba en su nido y en el valle el rebaño; suspendidos ya los trabajos, apenas la solícita madre de familias hacia girar aun sus husos cerca del espirante fuego de su modesto hogar, cuando Cimodocea, despues de haber orado largo rato por su esposo y por su padre, habia cedido al sueño: Demodoco se le aparece, en desorden la barba y bañados en llanto los ojos; agitaba lentamente su cetro augural y su pecho exhalaba profundos suspiros; Cimodocea creia dirigirle estas tristes palabras:

«¡Oh padre, padre mio! ¿cómo tanto tiempo has tenido en amargo abandono á tu hija? ¿En dónde está Eudoro? ¿Viene á reclamar la jurada fe? ¿Qué anuncian esas lágrimas que riegan tus mejillas? ¿Será que no quieres estrechar á tu querida Cimodocea contra tu corazón?»

El fantasma responde:

«¡Huye, hija mia, huye! ¡Voraces llamas te rodean, Hierocles te persigue! Los dioses por tí abandonados te entregan indefensa á su no contrastado poder. Tu nuevo Dios triunfará, sí; pero ¡cuántas y cuán acerbos lágrimas hará derramar á tu padre sin ventura!»

La vision desaparece y arrebatada la antorcha que Cimodocea recibiera en el altar, el día de su desposorio con Eudoro: Cimodocea despierta en el momento que el resplandor de un incendio se reflejaba amenazador en las paredes de su aposento y en las cortinas de su lecho. Levántase despavorida, y descubre presa de estalladoras llamas el templo del Santo Sepulcro. El fuego, rompiendo entre revueltos torbellinos de humo, subia al cielo en imponentes columnas y proyectaba sangrienta claridad sobre las ruinas de Jerusalén y las montañas de la Judea.

Desde que la nueva persecucion se extendiera por la Siria, Cimodocea no se habia separado de la princesa Elena, que encerrada en un oratorio con las demás mujeres cristianas, lloraba las calamidades de la nueva Sion. El sicario de Hierocles, ya perdida la esperanza de hallar á la joven catecúmena, y no siendo osado á violar, por un resto de respeto, el asilo de la esposa de un César, habia prendido fuego al Santo Sepulcro. El palacio de Elena estaba contiguo al edificio sagrado, por cuya circunstancia el desatentado centurion, que se prometia, merced al fuego, obligar á Cimodocea á salir de su inviolable asilo, la esperó con sus soldados para apoderarse de ella en medio del tumulto.

Mas Doroteo, que habia descubierto su torpe maquinacion, abrióse paso á través de las paredes que se desplomaban y de las vigas incendiadas que por todas partes se derrumbaban con horrendo estrépito, y penetró en el palacio de Elena. Desiertas ya las galerías, solo algunas mujeres llenas de consternacion, se habian reunido en un patio interior, en torno de un altar de los reyes de Judá. Doroteo encontró á la sazón á Cimodocea, que buscaba con inútil afán á su nodriza, á quien no habia de tornar á ver. ¡Ermedusa infeliz! ¡tu suerte fue ignorada de todos!

—¡Huyamos, huyamos! gritó Doroteo á la hija de Demodoco; la misma Elena no puede ya salvarte pues

tus implacables enemigos te arrancarian á sus brazos; conozco una puerta secreta y un subterráneo que nos conducirá fuera de las murallas de Jerusalén: la Providencia hará lo demás!

A la estremidad del palacio y por el lado que miraba á la montaña de Sion, se veia una puerta oculta que abria paso al Calvario; por ella se sustraia Elena á las demostraciones de respeto de los pueblos, cuando iba á orar al pié de la cruz. Doroteo, seguido de Cimodocea, entreabre pausadamente esta puerta, y no hallando obstáculo alguno, toma de la mano á Cimodocea y salen del palacio: ora se deslizan lentamente á través de las ruinas; ora aceleran su paso al llegar á mas desembarazados lugares; algunas veces oyen pisadas á su espalda y se ocultan entre los escombros; otras, se ven detenidos por el alarmante fulgor de las armas de algun soldado que vaga al azar entre las tinieblas. El fragor del incendio y los confusos clamores de la agitada muchedumbre alzábanse en pos á lo lejos; y marchando entre tantas zozobras, atraviesan al fin el valle desierto que separa la colina del Calvario de la enhiesta montaña Sion.

En las vertientes de esta montaña se abria un camino desconocido, cuya entrada estaba cerrada por espesos matorrales de aloe y raices de olivos silvestres. Doroteo separa estos obstáculos, penetra en el subterráneo, é hiriendo un pedernal enciende una rama de ciprés, á cuya amiga claridad se interna debajo de las caliginosas bóvedas, con Cimodocea. David habia llorado en otro tiempo su pecado en aquellos ignorados lugares: veíanse por donde quiera en las rústicas paredes, muchos versos escritos de mano del penitente monarca, cuando allí derramó sus lágrimas inmortales. Su sepulcro ocupaba el centro del subterráneo, y ostentaba aun grabadas en sus bases un cayado, un arpa y una corona. El terror de lo presente, los grandes recuerdos de lo pasado, aquella montaña cuya cima vió el sacrificio de Abraham y cuyas vertientes guardaban el sepulcro del Rey profeta: todo hacia latir con violencia el corazón de entrambos cristianos, que saliendo en breve de aquellas lóbregas sinuosidades, se hallaron en medio de las montañas, en el camino de Belém, y despues de atravesar los silenciosos campos de Rama, donde Raquel se negó á recibir consuelo, fueron á descansar en el sepulcro del Mesias.

Belém estaba enteramente desierto, pues los cristianos que lo poblaban habian sido dispersados. Cimodocea y su guia entran en el Pesebre, y admiran aquella gruta donde el Rey de los cielos quiso nacer; donde ángeles, pastores y magos acudieron á adorarle, y donde la tierra toda debe un dia tributarle sus homenajes. Algunas ofrendas que los pastores de la Judea habian dejado en aquel lugar, dieron á los dos desventurados fugitivos abundante alimento. Cimodocea derramaba lágrimas de ternura, pues los milagros de la cuna de Jesús hablaban á su corazón.

«¡Aquí, decía, el divino Niño sonrió á su divina Madre! ¡Oh María! ¡protege á Cimodocea, fugitiva como tú en Belém!»

La hija de Demodoco dió luego gracias al generoso Doroteo, que se esponia por libertarla á tantas fatigas y peligros.

«Soy un antiguo cristiano, respondió el varón acrisolado en las pruebas, y en las tribulaciones cifro mi alegría.»

Doroteo se arrodilló ante el Pesebre y exclamó:

«¡Padre de las misericordias, apiadados de nosotros, y recordad que vuestro Hijo ofreció en este lugar su primer llanto por la salvacion de los hombres!»

El sol se acercaba al ocaso, y saliendo Doroteo con la hija de Demodoco, esperando encontrar algun pastor, vió á un hombre que bajaba de la montaña de Engaddi, y que ceñia sus riñones con áspero cinturón de juncos; su barba y cabellos crecian en desorden,

y un cesto lleno de arena que penosamente llevaba á la entrada de una gruta, abrumaba sus espaldas. No bien hubo descubierto á los viajeros, dejó caer su ruda carga, y fijando en ellos una mirada llena de indignacion, gritó:

«Delicias de Roma, ¿venís á turbar mi paz hasta en el desierto? ¡Huid! Armado de la penitencia, descubro vuestros lazos y me rio de vuestros vanos esfuerzos.»

Dice; y semejante al águila marina que se sepulta en el fondo de las aguas, entra en su gruta. Doroteo reconoce en él á un cristiano, y adelantándose, le grita á través de la hendidura del peñasco:

«Somos unos cristianos fugitivos; dignate concedernos hospitalidad.»

«¡No, no! respondió el solitario; esa mujer es demasiado hermosa para ser una simple hija de los hombres.»

«Esta mujer, replicó Doroteo, es una catecúmena que aprende á derramar las lágrimas que Jesucristo pide á sus siervos. Es griega, llámase Cimodocea, y está desposada con Eudoro, el generoso defensor de los cristianos, cuyo nombre habrá tal vez llegado á tus oidos; yo soy Doroteo, primer oficial de Diocleciano.»

Esto oyendo, el solitario se lanzó fuera de la gruta, á manera de un atleta que se presenta de improvisó en los juegos de Olimpia, ceñida la frente con una corona de olivo.

«¡Entra en mi pobre gruta, dijo, digna esposa de mi buen amigo!»

El solitario dice su nombre, y Cimodocea reconoce á aquel amigo de Eudoro que filosofaba con él en el sepulcro de Escipion. Doroteo que habia conocido á Gerónimo en la corte, contemplaba con asombro á aquel anacoreta, estenuado por las vigiliias y austeridades, en otro tiempo brillante discípulo de Epicuro. Le sigue al fondo de su cueva, donde no se veian mas objetos que la Biblia, una calavera y algunas hojas esparcidas de la tradicion de los Libros Santos. En breve todo queda aclarado entre los dos cristianos y la jóven peregrina; mil recuerdos les enternecen, mil tiernas historias hacen correr sus lágrimas: no de otro modo, dos riachuelos, hijos de diferentes montañas, confunden sus limpias aguas en un mismo valle.

«Mis errores, dijo Gerónimo, han producido mi penitencia; no volveré ya á salir de Belém; y la cuna del Salvador será mi sepulcro.»

El anacoreta preguntó luego á Doroteo cuáles eran sus designios.

«Iré, respondió Doroteo, á buscar algunos amigos á Jope....»

«¡Cómo! replicó Gerónimo, interrumpiéndole con viveza, ¿eres desgraciado y cuentas con tus amigos! Un moabita bajó de sus peñascos para trasladarse á Jericó; y reinando á la sazón la primavera, el ambiente era puro y apacible. El moabita no experimentaba sed, pues á cada paso hallaba torrentes de cristalinas aguas; vuelve empero á su casa en la estacion de las tormentas, bajo el fuego abrasador del estío, y la sed le devora; entonces busca algunas gotas de aquellas aguas copiosas que en las montañas habia visto en los dias de la pasada serenidad; ¡ah! ¡todos los torrentes estaban secos!»

Gerónimo se mantuvo en silencio algun tiempo, y luego exclamó:

«¡Oh destino sublime! ¡Eudoro! ¿Eres el defensor de los cristianos? ¡Oh amigo querido! ¿qué podré hacer en tu obsequio?»

De repente, el solitario se levanta, y dice, herido por una luz sobrenatural:

«¿A qué tan cobardes temores? ¡Mujer! ¿amas y huyes? ¡Acaso en este momento tu esposo confiesa la fe, y tú no estás allí para disputarle la gloria

de la hoguera! ¿Crees que cuando haya subido á la alta gerarquía de los mártires, querrá aceptarte sin corona? ¡Rey entonces, no podrá conceder su lado sino á una reina! ¡Cumple tu deber, vuela á Roma, ve á remaclar tu esposo y á recoger la palma destinada á servir de envidiable adorno á tu pompa nupcial!... Mas, ¿qué digo? tú no perteneces aun al número de las ovejas escogidas.»

El solitario se interrumpió de nuevo; dudó y en breve exclamó:

«Serás cristiana, pues mi mano derramará sobre tu frente el agua saludable. El Jordan corre no lejos de aquí: ven, pues, ven á recibir en sus aguas la fuerza vivificadora que te falta; tus dias peligran, y debo ponerte al abrigo de la muerte. ¡Si! estás ya bastante instruida; la persecucion es la doctrina, pues el que llora por Jesucristo, no há menester mas ciencia.»

Así habló Gerónimo con toda la autoridad de un doctor y de un sacerdote. La dulce y tímida Cimodocea respondió:

«¡Señor, hágase segun tu palabra! Dame el bautismo, aunque nunca seré una reina, sino una sierva al lado de mi esposo. Solo me contrista en la vida la idea de que no volveré al monte Itomo á visitar los rebaños con mi padre, ni podré cuidar al autor de mis dias en su desconsolada vejez, con el mismo esmero con que él cuidó de mi infancia.»

Cimodocea se ruborizó y derramó lágrimas de filial efusion al pronunciar estas palabras, en que se trasladaban los confusos acentos de su antigua religion y de su religion nueva: tal, en la calma de plácida noche, dos harpas pendientes de una rama, mezclan al soplo de Eolo sus fugitivas quejas; tal, se estremecen á la par dos lirras, de las cuales una desprende los acentos graves del tono dórico, y la otra los voluptuosos acordes de la muelle Jonia; tal, en las sábanas de la Florida, dos plateadas cigüeñas, agitando á la vez sus sonoras alas, producen un armonioso rumor allá en las alturas del cielo; sentado en la orilla del bosque, el indio presta atento oido á los murmullos que se pierden en los aires, y cree reconocer en esa vaga armonía la voz lejana de las almas de sus padres.

LIBRO DÉCIMONONO.

SUMARIO. Demodoco vuelve al templo de Homero. Su dolor. Recibe la noticia de la persecucion. Se dirige á Roma, á donde juzga que Hierocles ha hecho conducir á Cimodocea. Esta es bautizada por Gerónimo en el Jordan, y llegando á Tolemaida, se embarca para la Grecia. Una tempestad suscitada por orden de Dios, arroja á Cimodocea á las costas de Italia.

¡Qué humana lengua acertaria á describir la amargura de los dolores paternos!

Despues de la separacion fatal, los esclavos llevaron de nuevo á Demodoco á la ciudadela de Atenas, donde pasó la noche bajo un pórtico del templo de Minerva, para descubrir á los primeros albores del día la galera de Cimodocea. Cuando la estrella de la mañana se mostró sobre el monte Itomo, las lágrimas del anciano corrieron con nueva abundancia.

«¡Oh hija mia! exclamó, ¡cuándo volverás del Oriente, á semejanza de ese astro radiante, para consolar á tu padre!»

La aurora no tardó en alumbrar las olas solitarias en que ávida la vista buscaba en vano alguna vela; pero descubriase todavia sobre las aguas en calma la espumosa huella de las naves que habian ya traspuesto el horizonte. Ya el sol, saliendo de las ondas, doraba y sombreaba á la vez la muda superficie de los mares; algunas transparentes nubecillas se mostraban fijas aquí y acullá en el azulado cielo de Atica, cuya